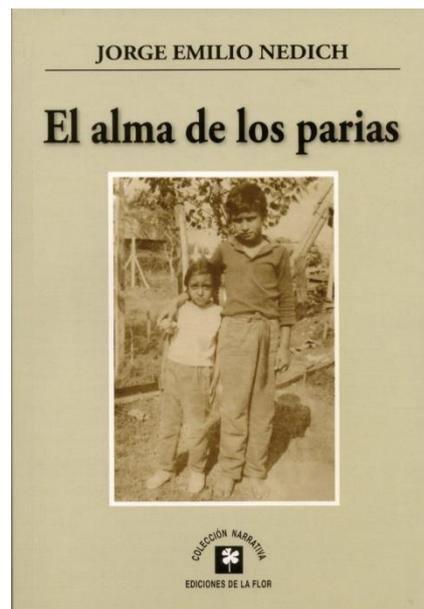


Nedich, Jorge Emilio. *El alma de los parias*. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 2014.



De nómada a sedentario

Noé Jitrik¹

UBA

Las desdichas, o los deseos, o los propósitos de un joven alemán de fines del siglo XVIII dieron lugar a un relato que inauguró una especie de género, el *Bildungsroman*, o sea la novela de iniciación. Lo siguieron otros acaso de menor calidad o bien porque no tenían por objeto desdichas de tan alto interés de clase. Dicho sea de paso, el de Goethe, autor de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, se anticipa a ciertos modos de presentar la vida que recibieron el nombre de romanticismo, no poca cosa. No me atrevo a afirmar que eran novelas autobiográficas pero en alguna medida debían serlo.

¹ Escritor, profesor, investigador, poeta, crítico literario y director del Instituto de Literatura Hispanoamericana. Su extensa producción abarca ensayos, poemas, artículos teóricos y novelas, entre los que se destacan: *Textos críticos y ensayos: Leopoldo Lugones. Mito nacional* (1960); *Esteban Echeverría* (1967); *Muerte y resurrección de Facundo* (1968); *El 80 y su mundo* (1968); *Ensayos y estudios de literatura argentina* (1971); *La novela futura de Macedonio Fernández* (1973); *Producción literaria y producción social* (1975); *Las contradicciones del modernismo* (1978); *La memoria compartida* (1982); *Los dos ejes de la cruz* (1983); *Las armas y las razones* (1984); *Temas de teoría* (1987); *El balcón barroco* (1988); *Historia e imaginación literaria* (1995); *Los grados de la escritura* (2000); *Citas de un día* (1992); *Mares del sur* (1997); *Evaluador* (2002); *El ojo en el agua* (2007); *Tercera fuente* (2019), *Lógica en riesgo, ensayos heterodoxos* (2020).

Otros relatos de parecida intención lo siguieron, muchos recordables: *Las confesiones de un hijo del siglo*, de Alfred de Musset, *La novela de un joven pobre*, en cambio, de un olvidable Octave Feuillet y, entre nosotros, la obligatoria *Juvenilia*, por dar unos pocos ejemplos. Hay que señalar, como una primera distinción útil para lo que vendrá en seguida, que una cosa es el aprendizaje de la vida de los jóvenes de buena familia, en el que el dosaje de la angustia conserva o predica una nobleza de espíritu, y el de los jóvenes pobres cuyo aprendizaje fue la calle, el abandono y la miseria, su antecedente más interesante es la picaresca y, en particular *El lazarrillo de Tormes*.

En la novela argentina contemporánea este enfoque no es tan frecuente, tal vez porque conjuró estas posibilidades la hoy tan abatida Ley 1420, o porque, así sea espasmódicamente, hubo más oportunidades para niños y jóvenes; basta recordar aquello de “los únicos privilegiados son los niños” para afirmarlo aunque no se puede olvidar la que podría ser la mejor que justifica el género, me refiero a *El juguete rabioso*, del sufrido y talentosísimo Roberto Arlt, un relato de un joven pobre de solemnidad.

De entonces aquí ignoro si ha habido tentativas que hayan tenido por objeto en la Argentina tal temática; entiendo que se ha preferido relatar desventuras de otro tipo, políticas, Las Malvinas, la represión, las desventuras de los recién llegados, preferentemente inmigrantes de fines del XIX y primeras décadas del XX, las cavilaciones de la homosexualidad, los estragos de la droga, todas con protagonistas humildes o poderosos pero reconocibles, miembros fuertes o débiles de la gran familia argentina.

Y si nos quedamos en las novelas de niños y/o jóvenes pobres, lo que ante todo se destaca es que el medio, social por decir así, en el que comienzan, es invariablemente negativo lo que acarrea un efecto de discriminación contra la cual una voluntad clara y decidida, objeto de evocación, se alza hasta triunfar contra ella. Lo que en términos generales se cuenta, por lo general es el actor principal quien cuenta, es que quien parecía condenado por las adversas condiciones en que se debate se redime porque logra atravesar un muro de obstáculos que no la sociedad entera pero gran parte de ella pone en acción para impedir que un destino se cumpla triunfalmente. Triunfo que, sobre todo, en los mejores ejemplos, reside en el relato mismo, el protagonista puede triunfar pero lo que en realidad triunfa es la literatura que se erige sobre la dialéctica del fracaso. La historia puede ser patética pero lo que importa es su resplandor.

Sobre estas líneas se construye el relato de Jorge Nedich, *El alma de los parias*. Nada me cuesta atribuirle ese resplandor; tampoco me cuesta reconocer que no reconozco en él un paradigma: no es *El juguete rabioso*, no es *Don Segundo Sombra*, menos el *Meister*, tampoco *Un diamant brut*, de Ivette Thomas; su originalidad, que reconozco, reside, me parece, en dos aspectos decisivos; el primero es que la discriminación en su relato es doble, no una sola: por la pobreza y por la etnia, en resumen de ambas la pobreza de los gitanos; el otro, el modo, las virtudes mejor dicho, de la narración, precisa, poética, imaginativa y unas cuantas cosas más.

¿Por dónde empezar? ¿Será así? ¿Será éste un relato realista centrado en un modo de vida cerrado? Da como para pensarlo: es misteriosa esa existencia de nómadas que rechazan todo lo que coarta una libertad esencial, heredada, más arraigada que esos habitáculos que se montan y desmontan según lo exige una sociedad como la nuestra, y como tantas otras por las que los gitanos pasaron y que para tales sociedades da lugar ya sea a un espontáneo rechazo, ya a una idea de prácticas picarescas, ya a una amenaza. ¿Será éste un relato que intenta atravesar tanto lo cerrado del mundo en el que se forja como la doble discriminación?

Me parece que todo eso está y puede ser válido considerarlo pero hay bastante más. El narrador –es fuerte la tentación de considerar que es el autor y que, en consecuencia, se trata de autobiografía- asume su tarea en la perspectiva de la confesión, no curialesca ni psicoanalítica sino como necesidad de liberarse de un pasado que necesita hacer conocer-. Dos o tres líneas lo componen: un trauma inicial, el abandono de un hijo en plena infancia; la fidelidad al origen y el amor por ese mundo gitano; la culpa por haber abandonado no sólo la familia sino ese tan peculiar mundo. La confesión canaliza el encuentro de esas tres líneas y organiza un discurso sinuoso, una ida y vuelta temporal, personajes destacados y otros olvidados, momentos de perturbación culpógena y otros de felicidad, un conjunto vehiculizado por el continuo de una prosa en la que resplandece lo perdido, lo abandonado y lo descubierto que es aceptado como un modo de vida posible pero luminosamente indeciso.

Confesión, pues, pero ante quién. El narrador crea un receptor, un hijo lejano, lo que supone, correlativamente a una presunta permeabilidad enunciativa, una posibilidad de remisión de al menos un aspecto, la culpa por eso que no tiene remisión, el primer abandono: el relato intenta esa remisión y lo logra porque lo que importa no es una reconciliación –concesión argumental- sino la descripción de un mundo misterioso y

atrayente, ignorado y despreciado. Por contraste con ese “modo de vida” deseado y obtenido, fruto indeciso de una asimilación que es, como concepto, el bajo continuo que palpita en todo el decurso de esa existencia. “Asimilación”: problema mayor de todas las minorías que en el mundo han sido, zona clara de deseo, zona oscura de imposibilidad y rechazo. Los gitanos, como los judíos y los árabes, saben de eso, no es necesario evocarlo.

En este entramado, el relato avanza sin respiro, como necesitado de seguir completando imágenes que perduran y van siendo ladrillos en la construcción de un “otro” respecto de lo que parecía una ley implacable de permanencia, el dominio de la irracionalidad opuesto a la racionalidad del relato. Quien nació y se crió en una carpa termina por ser el escritor que relata un transcurso que lleva a leer no una historia de vida, o además de ello, sino un libro verdadero, amasado con palabras verdaderas, una irrupción en las tranquilas vecindades del realismo.

Y, como a todo libro, le espera un destino a lo gitano, o sea casi en la intemperie, librado al rigor de la marginalidad hasta que, de pronto –y es lo que espero que suceda con *El alma de los parias*- deja de ser un paria y la gran casa de la literatura argentina le abre sus puertas y lo acoge. Y, maravillosamente, lo comprende.